

El ministerio del acompañamiento espiritual. El arte de acompañar. ¿Qué es y qué no es el acompañamiento espiritual?

*JESÚS SASTRE**

Empecemos refiriéndonos a los dos términos que componen el título del contenido que pretendemos desarrollar. El término ministerio viene del latín *ministerium* que significa **servicio**. En las primeras comunidades de la Iglesia vemos una gran variedad de servicios, funciones y tareas que reciben la denominación común de ministerios. Pablo recuerda encarecidamente a la comunidad de Tesalónica que valore «a esos de vosotros que trabajan duro, haciéndose cargo de vosotros por el Señor y llamándoos al orden» (1Tes 5, 12). Dentro de la rica pluralidad de carismas, ministerios y funciones de la Iglesia (Rom 12, 6-8; 1Cor 12, 4-11; Ef 4, 11-12), hay tres ministerios a los que se da un valor nuclear: los apóstoles, los profetas y los doctores (1Cor 12, 28); junto a estos están los evangelistas y los pastores (Ef 4, 11), y los responsables de cada comunidad (2 Cor 1, 1; Fil 1, 1; Rom 16, 3 ss.). **La teología sobre el ministerio** la tenemos sintetizada en Ef 4, 1-6. En las cartas pastorales el obispo es el que preside la comunidad; los presbíteros y diáconos aparecen como colaboradores íntimamente asociados a los obispos (Tit 1, 5-7; 1 Pe 5, 1-2; Hch 20, 17-28). En la Carta a los Hebreos se habla de los «primeros testigos» que guían y confirman a sus hermanos en la fe, la esperanza y el amor (Hb 2, 3-4; 13, 7).

* Profesor del Instituto San Pío X. Vicepresidente de AECA.

1. FUNDAMENTO BÍBLICO

En los textos bíblicos vemos cómo la Palabra de Dios se dirige a personas en diferentes situaciones humanas y de fe: maduros, débiles, probados, alejados, excluidos, poderosos, pecadores, etc. La Palabra de Dios necesita de la mediación de creyentes que ayuden al evangelizado a acoger y responder a la llamada de Dios. «Más valen dos que uno, pues obtienen mayor ganancia de su esfuerzo» (Qo 4,10); «sin consejo no hagas nada, y no te arrepentirás de tus acciones» (Si 32,19); «busca el consejo de los prudentes y no desprecies ningún aviso saludable» (Tb 4,18). En el camino de Damasco Pablo es remitido por el Señor Resucitado a Ananías para que le ayude a clarificar lo vivido y a dar los primeros pasos después de su conversión (Hch 9, 6-19); se trata de una auténtica experiencia de acompañamiento espiritual. Pablo tendrá presente lo vivido cuando escribe las cartas a las distintas comunidades; en este sentido, Pablo desarrolla ampliamente el tema del discernimiento propio del creyente que ha llegado a la madurez. El Espíritu Santo habita en el interior del creyente (1 Cor 3,16) y desde ahí actúa (Rom 8, 14: «son guiados por el Espíritu Santo»). Los frutos de la acción del Espíritu aparecen en las obras: «amor, alegría, paz, tolerancia, agrado, generosidad, lealtad, sencillez, dominio de sí» (Gál 5, 22). De esta manera, el creyente se va configurando con Cristo; es una labor comunitaria y personal, pues hay que animar a «cada uno» de muchas maneras para que viva conforme a la dignidad y vocación a la que ha sido llamado. «Os tratamos con delicadeza, como una madre que cría con mimo a sus hijos; sabéis perfectamente que tratamos con cada uno de vosotros personalmente, como un padre con sus hijos, exhortando, con tono suave o enérgico, a vivir como se merece Dios, que os ha llamado a su reino y gloria» (1 Tes 2, 7.11-12). Este mismo tono emplea el apóstol cuando se dirige a los ancianos (responsables) de la comunidad de Éfeso: «por eso estad alerta: recordad que durante tres años, de día y de noche, no he cesado de aconsejar con lágrimas en los ojos a cada uno en particular» (Hch 20, 31). En definitiva, se trata de ayudar a otros a rastrear el paso de Dios por su vida para que vean cómo seguir avanzando en el seguimiento de Cristo. «Como ejercicio de “leer” en el secreto de los corazones y como posibilidad de

dar consejos adecuados a las peculiares condiciones del individuo, la dirección espiritual tiene en cierto sentido su origen en las “escuelas” de pensadores, en las primitivas comunidades ascéticas, en la vida de los primeros cristianos, en la enseñanza de los apóstoles, hasta nuestro tiempo en que destacó, junto con la práctica sacramental y con la oración, *casi como una condición necesaria* para seguir un camino determinado en la vida de perfección (o como hoy suele decirse, de santidad)» (M. Mercatelli, NDE, San Pablo 1991, 146).

El Concilio Vaticano II resaltó y relacionó adecuadamente en la vida cristiana los siguientes aspectos: *la responsabilidad personal, el respeto a la conciencia y la docilidad a la acción del Espíritu Santo* (cf. LG 12; 31; 41; GS 14;16). Pablo VI en EN invita a los sacerdotes, a través del sacramento de la reconciliación y del diálogo pastoral a «guiar (a los fieles) por los caminos del Evangelio, confirmarles en su esfuerzo, levantarles y atenderles con discernimiento y responsabilidad» (n. 6) La persona que ejerce el acompañamiento espiritual está llamada a sentirse «como hombre de Dios con los hijos de Dios, como hombre de fe con los creyentes, como experto en ascética y en proyectos divinos con unas personas que desean ser iluminadas, darse cuenta de lo que Dios espera de ellos y valorar lo que realmente pueden llevar a cabo» (A. Mercatello, a.c. 1443).

2. QUÉ ES EL ACOMPAÑAMIENTO

El acompañamiento espiritual consiste en la *relación interpersonal* entre acompañante y acompañado en la que el acompañante ayuda al acompañado a *reconocer, acoger y responder* a la acción de Dios que pasa como salvador y señor por su vida. El objetivo fundamental de la maduración de la fe es que los bautizados «se formen para *vivir según el hombre nuevo* en justicia y santidad de verdad, y así lleguen al hombre perfecto, en la edad de la plenitud de Cristo» (GE 2); la madurez cristiana se manifiesta en «la estabilidad de espíritu, la capacidad para tomar decisiones y la rectitud en el modo de juzgar sobre los acontecimientos y los hombres» (OT 11).

La madurez cristiana es un proceso que exige orientación, cultivo personal, esfuerzo y *aprendizaje de los modos con los que el Espíritu Santo actúa* en el secreto de los corazones. Las características de una fe inmadura son: el vivir según la carne, la lectura reduccionista del Evangelio, el estancamiento en la vida de oración, la confianza en las propias fuerzas más que en la gracia de Dios, el discernimiento interesado, la falta de fundamento, la inmadurez afectivo-sexual y la utilización de lo religioso al servicio de la vanidad o el poder. Por el contrario, la madurez cristiana tiene los siguientes rasgos: la distinción clara entre el bien y el mal, dejar a Dios tomar la iniciativa en la vida, dejarse convertir por el Evangelio, vivencia de la fe como algo que afecta a la totalidad de la persona, afectividad oblativa, pertenencia-referencia eclesial, compromiso con los pobres y disponibilidad vocacional. «En el plano ontológico, *la madurez afectiva es la plenitud de la afectividad espiritual* y su integración en la afectividad sensible. Si falta esta integración, es decir, esta capacidad de la afectividad espiritual de asumir en su propio nivel a lo sensible, entonces el hombre se verá arrastrado por las pasiones o quedará dividido en sí mismo» (R. Zavalloni, *Madurez espiritual*, NDE, 1128). La persona madura es capaz de cooperar con otros, de asumir causas y proyectos, de adaptarse y de intentar resolver las dificultades que se vayan planteando.

El paso de la inmadurez a la madurez comienza por *el control de las afectaciones desordenadas* para así poder abrirse a la acción del Espíritu Santo, de la gracia que nos encamina hacia el ideal de vivir la vida humana desde Dios. El resultado final es una persona mucho más integrada y centrada en lo fundamental, la fe. Entonces comienza la «carrera» que Pablo describe en Flp 3, 9-17 a partir del «sentirse alcanzado por Cristo Jesús».

3. LO QUE NO ES EL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL

El acompañamiento espiritual se estructura, como hemos visto, *al servicio del itinerario del creyente hacia Dios*. Sabemos que este camino solo es posible en la experiencia del discipulado, es decir, en el seguimiento de Cristo,

en contexto eclesial y bajo la acción del Espíritu Santo. Ahora nos preguntamos *¿qué no es el acompañamiento espiritual?* No es:

- La entrevista puntual, cuando hay algún problema, con alguien que me puede ayudar. Es necesaria la ayuda en esta situación, pero a esto solo no se le puede llamar acompañamiento espiritual aunque pueda ser asumido dentro de él.
- La entrevista de vez en cuando para hablar de generalidades referentes a lo cotidiano tales como los estudios, el trabajo, el tono vital general, la oración, los problemas, etc. Esto debe hacerlo el animador de grupo con cada uno de los componentes de su grupo, pero ni es, ni suple al acompañamiento espiritual.
- El tratamiento de problemas psicológicos o morales para ayudar a la persona a asumir el pasado, a curar heridas y a ganar confianza ante el futuro. Esto puede ser una parte del acompañamiento, pero este parte de otro encuadre (la madurez cristiana) y responde a otros dinamismos (la gracia).
- El diálogo con el responsable o el formador sobre los aspectos externos de la vida del grupo o comunidad referidos a la convivencia, al funcionamiento responsable, al rendimiento académico y al cumplimiento de lo establecido. En este caso faltarían los aspectos interiores como las motivaciones, los ideales, los valores, el proceso de maduración personal, etc.
- La relación de ayuda en clave directiva, pues el orientador es quién sabe lo que pasa y cómo resolverlo. El acompañamiento espiritual no es directivo, pues pone el subrayado en la persona a la que se orienta para que, con las debidas ayudas y apoyos, pueda clarificar lo que le pasa y encontrar los medios para solucionar sus problemas y poder seguir avanzando en el proceso.
- No es una charla entre amigos sobre temas o situaciones personales para encontrar, en el intercambio de opiniones, alguna luz u orientación que pueda resultar útil; esto se hace desde la confianza y el conocimiento personal. La relación establecida es simétrica; por el contrario, en el

acompañamiento personal la relación suele ser asimétrica, pues supone por parte del acompañante, más edad (aunque no siempre), más madurez personal, formación y competencia experiencial.

- La mera presentación de criterios, sugerencias o decisiones al responsable para recabar el visto bueno, su parecer o el permiso correspondiente. En este caso faltaría el ejercicio del discernimiento para tratar de comprobar si lo que se propone es o no voluntad de Dios. Además, tampoco aparece el mundo interior ni el proceso propio del acompañamiento espiritual.

4. EL ARTE DE ACOMPAÑAR

Vivimos en una época en que todos, pero especialmente los más jóvenes, presentan una serie de características que están inducidas de los estudios psicosociológicos sobre valores nómicos y religiosos. «Viven en la complejidad y la incertidumbre, proyectados en el presente, puntualmente solidarios, tolerantes en pautas sociales, poca correspondencia entre los valores finalistas (los ideales que dicen vivir) y los valores instrumentales (lo que posibilita alcanzar los valores finalistas), poco sentido del deber y del sacrificio, tolerantes, cierto predominio del deseo y poco abiertos a las preguntas de sentido. Necesitan y sienten las carencias de los valores espirituales» (J. Sastre, «Acompañar por los caminos del Espíritu», *Cuadernos de Interior*, Monte Carmelo 2002, 22). Algo importante está pasando en la transmisión de la fe; bastantes jóvenes necesitan reconstruir el universo de lo religioso desde los cimientos, con creatividad, y asumiendo los retos del presente. Vivimos una situación religiosa coloreada por la «metamorfosis de lo religioso»; esto afecta no solo a las mediaciones eclesiales y sacramentales, sino al mismo sentido de lo religioso.

4.1. Acompañar desde las motivaciones profundas

Las motivaciones son la base de la vida humana y el impulso para la acción. Es decisivo que cada persona conozca lo que realmente le mueve en la vida para poder ver qué hay que purificar e integrar adecuadamente en el conjunto de la personalidad. A ello llegamos si vamos *armonizando elementos que parecen contrarios*, y de cuya síntesis depende la maduración personal; nos referimos a los siguientes: «estima personal/autocrítica, pulsiones (agresividad/libido); relaciones de cooperación, inmediatez en la satisfacción (ansiedad); aplazamiento de metas (integrar la frustración); emotivismo (no hay objetividad); capacidad de objetivar lo que se siente, falsa seguridad (no enfrentarse a los conflictos); responsabilidad (afrontar los conflictos), autenticidad (tomar la vida en serio); mentira (no asumir la vida como tarea), se impone el ambiente (no dirige la vida); se busca el sentido de la vida, individualismo (ausencia de relaciones significativas); vida de grupo desde las ideas, creencias y compromisos. Si los valores no se entroncan en los deseos y los potencian, terminan siendo ideología moralizante; y si los intereses vitales no tienen la motivación de los valores pueden terminar en comportamientos egoístas y deshumanizadores» (J. Sastre, *El acompañamiento espiritual*, San Pablo 1994², pp. 47-48). Trabajar esta síntesis no es fácil, pues requiere armonizar contrarios que el propio interesado ve, en un primer momento, como no convergentes; la madurez del acompañante es vital para poder hablar desde la vida y ofrecer pautas de trabajo personal.

4.2. Acompañar según el modelo de la pedagogía divina

Juan Pablo II dice en *Catechesi Tradendae* que el modo de hacer de Dios en la Historia de Salvación «debe seguir siendo el modelo de la pedagogía de la fe» (n. 58). El Directorio General de Catequesis precisa la pedagogía de la fe con estas palabras: «La Sagrada Escritura nos presenta a Dios como Padre misericordioso, un maestro, un sabio que toma a su cargo a la persona, individuo y comunidad en las condiciones en que se

encuentra, la libera de los vínculos del mal, la atrae hacia sí con lazos de amor, la hace crecer progresiva y pacientemente hacia la madurez del hijo libre, fiel y obediente a la palabra» (n. 138). *Jesús de Nazaret es quien visibiliza plenamente la pedagogía divina* tal como la presentan los evangelios: acoge al pobre y al pecador porque Dios los ama y busca, anuncia la Buena Noticia de que Dios es Padre, encarna una forma de amar cercana y liberadora, invita a la confianza en Dios y en su Reino, emplea los recursos de los profetas y comparte con la comunidad apostólica su vida y destino. *Dios y los hermanos* son las dos referencias de Jesús, sus dos fidelidades; en el acompañamiento espiritual la referencia fiel a la revelación de Dios y el respeto al ritmo personal del acompañado son los supuestos básicos.

4.3. Acompañar el crecimiento del «hombre interior»

La vida del creyente camina hacia su plenitud cuando la fe en Jesucristo alcanza los «criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida» (EN 20) Acompañante y acompañado deben responder al mismo interrogante: *¿cómo adentrarse en las «experiencias estructurantes» de la vida cristiana?* Hasta llegar a constatar lo que dice X. Zubiri: «El hombre no es que tenga experiencia de Dios, es que el hombre es experiencia de Dios» (*El hombre y Dios*, Madrid 1984, p. 325) *¿Cómo llegar a descubrir y a vivir en relación interpersonal con la realidad que nos fundamenta y trasciende, Dios mismo?* Al intentar responder a esta pregunta nos encontramos con un dato insoslayable: *al Dios cristiano se le encuentra en los más pobres*. El creyente debe estar muy atento a la confluencia entre la autocomunicación de Dios en Jesús de Nazaret, la escucha de Dios que habla en lo profundo de la conciencia y el reconocimiento interpelador del rostro de Dios en el rostro desfigurado del hermano. El hombre interior crece cuando el ser humano se siente «imagen y semejanza» de Dios (Gn, 2,7) e «imagen del Hijo Amado» (Rom 9, 28); hay que dejar al Espíritu Santo que plenifique lo que somos por naturaleza y gracia hasta que lleguemos a

«*tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús*» (Flp 2, 5) que hizo la voluntad del Padre y entregó su vida a los hermanos.

El avance en este camino tiene una serie de momentos decisivos:

- La experiencia de *conversión* que permite comprobar el «plus» de sentido que la fe aporta a la existencia humana, es decir, constatar el valor profundamente humanizador de la fe.
- La relación íntima entre los aspectos constitutivos de la fe: «*ser en Cristo*», «*ser en Iglesia*» y «*ser en el mundo*», pues los tres se fundamentan en la vida trinitaria y la pertenencia a la Iglesia como sacramento universal de salvación.
- La *disponibilidad vocacional* como elemento constitutivo de la fe madura; el sentirse llamado a ser laico/a, religioso/a o presbítero es la necesaria germinación de los sacramentos de la iniciación cristiana. En este sentido, *lo vocacional es la perspectiva globalizadora de toda la acción pastoral* de la Iglesia y, en consecuencia, también del acompañamiento espiritual.
- La puesta en práctica en lo *cotidiano* de lo que se va descubriendo en el acompañamiento; aunque la meta del «hombre interior» esté todavía lejos, el acompañado necesita ver la conexión de los datos de fe con la vida y percibir la vida teologal, no como un añadido, sino como el elemento estructurador de la vida humana.

4.4. Respetar el paso de Dios por la vida

El acompañante es mediación que facilita, que sirve, que testifica el paso liberador de Dios por la vida de los creyentes, y alienta la mejor respuesta por parte del acompañado. No es fácil esta misión, pues con la mejor buena voluntad el acompañante puede ser directivo y tratar de imponer su visión de las cosas; en consecuencia, puede reemplazar o distorsionar la acción de Dios que es única e irrepetible en cada creyente. La figura de Juan el Bautista

tiene rasgos que ilustran el ministerio del acompañante: *prepara el camino del Mesías, a Él remite a sus discípulos y tiene muy claro cuál es su cometido: «conviene que Él crezca y que yo disminuya».*

Por su parte, el acompañado tiene que *conocer las «reglas del juego»* de la relación de ayuda en clave no directiva para no pedir, implícita o explícitamente, al acompañante que asuma roles que no le pertenecen. Para evitar este peligro hay que ser conscientes de *las transferencias que se dan y cómo manejarlas*; las transferencias se dan cuando el acompañado proyecta en el acompañante reacciones emotivas que vivió en la infancia y que, como tales, responden a relaciones de dependencia, rechazo o agresividad. Hay personas que buscan en la relación de ayuda un fácil desahogo de alto tono emotivo, y la presencia de alguien que haga de padre o madre que escucha, consuela, comprende y excusa. Evidentemente, el acompañamiento corresponde a otro nivel de relación y busca otros fines, que inexorablemente pasan porque la persona orientada clarifique, asuma y decida sobre su situación, pues solo ella es la que puede dar una respuesta positiva.

4.5. Nivel de comunicación

John Powel habla de cinco niveles de comunicación: comunicación tópica (saludos y preguntas genéricas y estereotipadas), hablar de otros («cotilleo»), comunicación de ideas y opiniones personales, expresión de emociones y sentimientos («se habla con las tripas») y comunicación plena (matrimonios o amigos íntimos). Lo propio del acompañamiento es *la comunicación de lo sentido y vivido*; por eso las emociones y sentimientos son muy importantes en la relación de ayuda, tanto para ver lo que pasa realmente, como para entender el lenguaje con el que Dios habla y para detectar las resistencias al cambio. Nuestro conocimiento personal está condicionado en gran medida por lo que sepamos comunicar a los demás siguiendo estos pasos: qué siento y porqué (caer en la cuenta), identificar la emoción, ver de dónde viene esta

emoción, comunicarla y precisar la actuación consiguiente. Llegar a una comunicación de este tipo no es fácil y *requiere un aprendizaje* en el que el acompañante es decisivo para crear un clima y unos cauces que propicien la comunicación interpersonal.

5. LA ESPECIFICIDAD DEL MINISTERIO DEL ACOMPAÑANTE

«El papel del padre espiritual supone la fe en los medios sobrenaturales, una doctrina, una misión pastoral que no siempre puede estar prisionera de una “benévola neutralidad”, y su función va dirigida, más que a personas que se encuentran en una situación especial de desorientación o de perturbación, a las que buscan ayuda para desarrollar plenamente su personalidad cristiana» (A. Mercatelli, *Padre espiritual*, NDE, 1446). La condición necesaria, por básica, para que uno pueda acompañar es que *haya sido acompañado*. Además de esto, el acompañante necesita competencia experiencial, formación espiritual propia y habilidad pedagógica. No podemos olvidar que «el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros, y si escucha a los maestros es porque son testigos» (Pablo VI). La *competencia experiencial* es como el poso de «sabiduría» que la vida va dejando cuando esta se vive con verdad y con pasión, en disponibilidad a la acción del Espíritu Santo y en compromiso con los más desfavorecidos. La apertura a la acción de la gracia supone en el acompañante una psicología sana tejida por el conocimiento personal, la buena relación con uno mismo y la comunicación sincera y profunda con los demás. La *formación* que necesita el acompañante para ejercer bien su ministerio bebe en la teología espiritual, la psicología y la pedagogía personalizadora. El ejercicio del ministerio ayuda a reformular lo aprendido así como a enriquecerse constantemente en el intercambio de experiencias con otros acompañantes. La *habilidad pedagógica* capacita al acompañante para poder clarificar al acompañado el camino que está recorriendo, ayudarle a unificar su vida desde el nuevo centro que es la persona de Jesucristo y darle pistas para mantener

en lo cotidiano lo que gozosamente va descubriendo. Los elementos formativos se sostienen en la coherencia personal que unifica el mundo interior y exterior del acompañante, y le posibilita la aceptación incondicional de la persona acompañada y a ponerse en su lugar (empatía) para ayudarle desde la situación que vive.